

LA POSICION DE AUSTRIA EN EL INTERJUEGO DE LAS FUERZAS (*)

La política exterior de un país no puede elaborarse con éxito sobre una mesa de dibujo, ni en el vacío. Constantemente tiene que adaptarse a las situaciones dadas y a las constelaciones del poder. Antes de abordar el tema de la presente conferencia, *La posición de Austria en el interjuego de las fuerzas*, me parece oportuno presentar y analizar aquellas fuerzas dinámicas que influyen en las relaciones entre los Estados.

El dinamismo internacional.

La convivencia entre las naciones se encuentra marcada por la existencia de campos de tensión que, aunque estando sometidos a perpetuas modificaciones, lamentablemente resultan indispensables en nuestro mundo actual. A continuación quisiera tratar de subdividir estos campos de tensión en tres categorías, teniendo presente lo problemático de esta tentativa, debido a las transiciones existentes y al engranaje de todos los problemas en la política internacional. Para cumplir con el propósito perseguido por mi conferencia podría mencionar tres categorías fundamentales de los campos de tensión:

- 1) la filosófica;
- 2) la política y la de potencial político, y, finalmente,
- 3) la de origen económico, sociológico o tecnológico.

(*) Conferencia pronunciada ante la Corporación de Industriales Austriacos (Viena).

El campo de tensión filosófico.

Por lo general, se piensa primero en la relación entre el Este y el Oeste, o, dicho más concretamente, entre la ideología comunista y la democrática de Occidente. A partir del fin de la Segunda Guerra Mundial predomina esta división en el dinamismo internacional. La llamada guerra fría, que alcanzó la cumbre en las décadas comprendidas entre 1940 y 1950, es un producto de esta tensión latente.

Al principio de este desarrollo se observó una clara separación entre los dos bloques del poder en el Este y el Oeste, más o menos unidos, que impedía todo acuerdo sobre problemas internacionales pendientes.

Con el alejamiento del Estalinismo, la Unión Soviética escogió un nuevo camino conocido bajo el nombre de «coexistencia pacífica», cuyo principal fruto fue la conclusión del Tratado de Estado con Austria y la evacuación de nuestro territorio nacional de las tropas ocupantes. Pero esta nueva política tuvo también como consecuencia el desarrollo, denominado «desintegración de los bloques», que está marcado por la disociación de las diferentes naciones dentro de los bloques.

Debido a este aflojamiento dentro de los dos campos, pudieron llevarse a cabo los empeños tendientes a una reducción de la tensión entre el Este y el Oeste. Esta ha sido precisamente la política a la que Austria se ha dedicado desde que obtuvo su plena soberanía e independencia en 1955.

Los acontecimientos de este verano constituyen un lamentable revés en estos empeños, cuyas consecuencias no podrán ser estimadas en todo su alcance, sino en tiempos venideros. Mas la disputa ideológica que he esbozado no está limitada, en modo alguno, al territorio europeo. Profundizada por los problemas económicos y sociales de la actualidad, se realiza también en Asia, África y en la América Latina. El conflicto bélico en Vietnam, y las dificultades internas de muchos países de estas regiones, son una consecuencia de las desaveniencias latentes que acabo de citar.

El campo político de tensión.

La situación política de nuestros tiempos está caracterizada por el predominio de las dos grandes potencias. Suponiendo que estas dos potencias colaboraran en la solución de todos los problemas internacionales, se ha con-

cebido la Carta de las Naciones Unidas. Sin embargo, se ha presentado una evolución en sentido opuesto, que también ha paralizado, en muchos casos la labor de los organismos de las Naciones Unidas.

La rivalidad entre las dos potencias se expresa tal vez en forma más clara en la carrera de armamentos y, particularmente, en el sector de las armas atómicas. El mayor equilibrio que se ha conseguido en la actualidad, caracteriza el estado de cosas entre las dos naciones. Ya que tanto los EE. UU. como la U. R. S. S. están conscientes de su enorme responsabilidad y de las desastrosas consecuencias de una guerra nuclear, constituye este equilibrio también uno de los factores más importantes de seguridad en nuestra época.

Reconociendo las horribles consecuencias de una guerra atómica se explican también los esfuerzos encaminados a la conclusión de un Tratado de no proliferación de armas atómicas, es decir, impedir su propagación. Austria ha visto con beneplácito, y me permito recalcarlo, la conclusión de tal tratado. Estamos convencidos de que este Tratado, el primer acuerdo de desarme concretizado por las dos grandes potencias, es la condición previa para la limitación futura de la carrera de armamentos y para otros tratados de esta índole. La capacidad nuclear de las demás naciones que poseen armas atómicas no alcanza, por lo menos en la actualidad, una magnitud tal que lleve a alterar el equilibrio antes mencionado.

Aparte del potencial de armamentos y del equilibrio reinante, la bipolaridad de la política del poderío se muestra también en la tentativa de atraer las naciones del «Tercer Mundo» a uno u otro de los sistemas, o a uno u otro de los bloques para lograr así un cambio en el poderío. Los intentos de la China de inmiscuirse en este proceso, especialmente en Africa y Asia, no han acarreado hasta el momento ningún resultado digno de ser mencionado.

A continuación quisiera referirme también al Medio Oriente. Es uno de los puntos neurálgicos más críticos de nuestros tiempos. Aunque, por razones obvias, en Austria nos llamen más la atención los problemas de Europa Central, sería erróneo subestimar el peligro de que el conflicto del Medio Oriente se extienda a otras regiones. No obstante, tengo la impresión de que las grandes potencias imbuidas se dan perfecta cuenta de este peligro e intentarán evitar tal desarrollo.

La concentración del poder en dos grandes potencias tiene, asimismo, por resultado que las demás naciones, en gran parte de los casos y dado el urgente deseo de mayor seguridad, aspiren a aliarse con una de las grandes potencias formando sistemas políticos o militares. La prueba de ello la cons-

tituyen un gran número de alianzas y pactos que en su mayor parte han surgido después de la Segunda Guerra Mundial. Como ejemplos me limito a señalar la O. T. A. N., el Pacto de Varsovia, la Liga Árabe, la O. E. A. y el Pacto de la S. E. A. T. O. (Organización del Tratado de Asia del Sudeste).

Por cierto que una serie de estas alianzas no ha alcanzado el resultado originalmente anhelado, ni todo el grado aspirado de una integración militar o política. Ello radica en una nueva fuerza que, desde fines del siglo pasado, ha llevado a una modificación fundamental del mapa político y surgido como elemento importante en las relaciones interestatales: el nacionalismo.

Así que hoy se enfrentan muchas veces dos fenómenos antagónicos: la tendencia hacia alianzas supranacionales, en forma de sistemas de pactos políticos, económicos y militares, y, consecuentemente, el abandono de determinados derechos de soberanía, y, por otra parte, las fuerzas del nacional-socialismo. Este antagonismo puede servir como explicación de varios fenómenos con los que hemos de tratar actualmente en la política cotidiana internacional.

El campo de las tensiones económicas y sociales.

Por un lado es preciso establecer la diferencia entre las relaciones de los países desarrollados con los que se encuentran en desarrollo, y, por otro lado, entre los países industrializados entre sí.

El primer grupo de problemas ha sido clasificado con frecuencia como el campo de tensiones entre el Norte y el Sur. El grupo, cuantitativamente pequeño de los países industrializados ricos, se halla frente a los países en desarrollo, con abundancia de habitantes, pero económicamente pobres.

La descolonización progresiva y la formación de un gran número de estados independientes, muchas veces sin la base económica necesaria, la intensificación de las relaciones internacionales y el «empequeñecimiento» del mundo gracias al perfeccionamiento de los sistemas de comunicaciones y de transmisión de noticias, han convertido la dificultad de equilibrar la riqueza y la pobreza en uno de los problemas más candentes de nuestro siglo. De acuerdo a la experiencia, la discrepancia económica entre los países en desarrollo y los industrializados se ahonda cada vez más sin intervención de afuera, es decir, sin una política bien intencionada y dirigida. Esta situación, sin embargo, no es un problema puramente económico, sino que lleva el germen de una confrontación mundial. La solución de este problema,

ya acometida por varias organizaciones internacionales, así como por algunas naciones con una serie de acciones bilaterales, será decisiva para el futuro de la Humanidad. Asimismo, los factores económicos y tecnológicos ejercen hoy día una creciente influencia sobre las relaciones recíprocas de los países industrializados. La increíble rapidez del progreso de la técnica repercute también en el sector político, puesto que sólo el completo aprovechamiento de las posibilidades que brinda la técnica permite el ejercicio de una política, de acuerdo al modelo de las grandes potencias, o garantiza a las naciones pequeñas su independencia política y económica. Quisiera citar como ejemplo la conquista del espacio interplanetario con sus ilimitadas posibilidades, la explotación de las riquezas del subsuelo y de las profundidades oceánicas, la investigación industrial, la fertilización de nuevas regiones, etc.

El progreso tecnológico, inclinado a la mecanización y a la producción en serie, trae consigo para las naciones pequeñas la necesidad de aumentar el interés por la exportación y de intensificar el comercio internacional, a fin de sobreponerse a las desventajas del reducido mercado interior. Este desarrollo y la enorme capacidad económica de las grandes potencias obligan igualmente a las naciones pequeñas a buscar la formación de agrupaciones económicas para conseguir los beneficios de un mercado mayor. Esta inevitable tendencia llevó a la creación de la C. E. E., de la E. F. T. A. y del C. O. M. E. C. O. N., así como a la fundación de un gran número de agrupaciones de integración económica fuera de Europa, semejantes a las zonas de unión aduanera o de libre comercio.

Por ello, las ponderaciones económicas no sólo ocupan hoy un espacio siempre mayor dentro de la política exterior, sino que se desarrollan más y más, hasta ser un elemento esencial del dinamismo internacional.

¿Qué consecuencias tiene lo anterior en la política exterior de Austria?

Conforme lo he venido exponiendo, las relaciones internacionales están sujetas a la intensidad de las más variadas fuerzas que han de considerarse para establecer la política exterior de un pequeño país como lo es Austria. Decididamente quisiera rechazar la opinión escuchada, de cuando en cuando, de que un país del tamaño de Austria no necesita una política exterior propia, o no puede llevarla independientemente, debido a su dimensión y a sus

medios pecuniarios; precisamente un país pequeño en la situación geográfica de Austria, al borde de los campos de tensiones filosóficas y de poderío, tiene que ejercer una política exterior propia y muy bien meditada, si no quiere convertirse en juguete de estas fuerzas, para salvaguardar su independencia y la seguridad de sus fronteras.

Hay dos posibilidades teóricas para la orientación fundamental de la política exterior de una nación pequeña: la adhesión a un sistema de alianza o el *status* de la neutralidad.

En el año 1955 optó el Gobierno Federal por la neutralidad permanente, considerándola el *status* más conveniente para Austria. Se estableció mediante Ley Federal Constitucional del 26 de octubre del mismo año.

Creo que ni en Austria ni en el extranjero existe quien dude de lo acertado de esta decisión. Pero no estaría de más recordar que esta comprensión no era general en todas partes. Sólo el éxito que Austria ha logrado con su política de neutralidad, seguida, consecuentemente, desde 1955 y la tarea estabilizadora ejercida durante este lapso en Europa Central, han llevado a este resultado.

Me parece prácticamente innecesario destacar lo difícil que resultan ciertos aspectos de la política exterior de un país neutral, comparados con la de un país comprometido por pactos. Mientras que éste, dentro de su sistema de alianza, puede consultar—cosa que, generalmente, hace—conforme lo han determinado las disposiciones correspondientes de los tratados, el estado neutral depende enteramente de sí mismo. Por ello, reconociendo que el destino de nuestra Patria está más que todo en nuestras propias manos, hemos de perseguir nosotros mismos aquella política exterior que garantiza a nuestro país la soberanía y la seguridad nacional.

Respecto a la política de neutralidad de Austria quisiera repetir lo que he recalcado ya en ocasiones anteriores: sería simplificar la idea de la neutralidad permanente si en ella se viera tan sólo la obligación de mantenerse neutral en caso de guerra, o de no adherirse a alianza militar alguna en tiempos de paz, o de no permitir la construcción de bases militares por parte de naciones extranjeras. El estado permanentemente neutral también ha de seguir en época de paz una política que lo proteja de verse envuelto en futuras acciones bélicas o en conflictos políticos que las puedan ocasionar. En nuestro siglo, las guerras ya no se realizan exclusivamente por acciones militares, sino que pueden tomar también el cariz de una guerra económica o propagandística.

Más para mantenerse firme como Estado neutral, dentro del dinamismo internacional, no basta atenerse estrictamente a las obligaciones legales, sino que es preciso tratar de poner a prueba el valor de las neutralidades hacia el resto del mundo, por medio de una política exterior realista y activa, pues el grado de nuestra seguridad no depende sólo del estricto cumplimiento de la neutralidad por nosotros mismos, sino también del significado que las potencias interesadas en nuestro país atribuyan al mantenimiento de ella. Por consiguiente, el cometido principal de nuestra política exterior ha de ser el conservar constantemente vivo este interés y cultivarlo.

Empero, tiene que basarse nuestra política también en la determinación a defender la neutralidad con todos los medios que estén al alcance. Esta disposición exige ciertos sacrificios que, no obstante, han de ser realizados en interés de la neutralidad.

Como ya lo he mencionado, Austria está situada no sólo en los límites de los campos filosóficos más importantes de nuestro tiempo, sino también en el borde de los ámbitos de influencia de las dos grandes potencias con respecto a su política de fuerza. Un pequeño país neutral, con una situación tan céntrica como la de Austria, puede evolucionar eficazmente, y en la mejor forma, en un ambiente de aflojamiento o de cooperación interestatal. Por tanto, es comprensible que Austria, que consiguió su plena soberanía, haya abogado incansablemente desde entonces por una política tendiente a reducir las tensiones y a brindar una mutua aproximación. La ampliación de los vínculos culturales y económicos, la intensificación del turismo, así como el paulatino restablecimiento de la colaboración en todos los sectores, han llevado a una notable aproximación y a un mejoramiento de las relaciones con nuestros vecinos.

Ya mencioné que esta política ha sufrido un lamentable revés por el reciente desarrollo. No obstante, estoy firmemente convencido de que sería erróneo desistir de esta política o inclusive volver a erigir los viejos muros entre las zonas europeas de influencia política. Más bien hay que seguir con la política de la reducción de la tirantez, pues no veo alternativa para ella.

Esta política de establecer vínculos económicos y culturales con los Estados del Este de Europa no fue exclusividad nuestra durante los últimos años, sino que la practicaron también la mayoría de las naciones de Europa Occidental. Las charlas con las personalidades competentes de estos países y sus manifestaciones públicas han demostrado que los gobiernos de estos Estados tampoco tienen la intención de abandonar el rumbo tomado.

La continuación de nuestra política para reducir las tensiones y establecer nuevos contactos con los Estados de Europa Oriental, me parece también del mayor interés para nuestra economía. No olvidemos que existe toda una serie de empresas austríacas, cuya exportación está dirigida en su mayor parte hacia los países de Europa del Este y cuya producción en poco tiempo difícilmente podría ser reorientada hacia otros mercados de exportación. Las relaciones comerciales entre Austria y dichas naciones, precisamente en los últimos años y como fruto de la política perseguida por nosotros, se han desarrollado en forma absolutamente favorable. No se justificaría estorbar este proceso. Además, las relaciones económicas tienen su vida propia, que no debe ser gravada con misiones políticas.

Las ponderaciones susodichas demuestran claramente el engranaje de los factores individuales en el conjunto de las fuerzas internacionales y la importancia de los aspectos económicos. Austria obtiene más del 25 por 100 de su Producto Nacional Bruto de la exportación en sentido global, y, por consiguiente, no hay ni la más mínima duda de que el cultivo de nuestras relaciones económicas han de ser una de nuestras tareas principales. En el primer plano de tales esfuerzos se encuentra una regulación satisfactoria de nuestras relaciones económicas con las naciones de la zona de la O. E. C. D. y, particularmente, con aquellas de la C. E. E.

Ante este foro, que no sólo se encuentra profundamente informado, sino que también se halla, enorme y directamente, interesado en estas cuestiones, quisiera entrar más en detalle de lo que suelo hacerlo en ocasiones similares.

No es un secreto que, en nuestro comercio con Europa Occidental, obtuvimos un fuerte aumento de intercambio mercantil con los Estados-miembros de la E. F. T. A., y que últimamente se verificó un receso en nuestras exportaciones a los países de la C. E. E., permaneciendo inalterada la cuantía de las importaciones. Esta consecuencia claramente previsible, que ha sido motivada por la unión aduanera de los seis países de la C. E. E., llevó al Gobierno Federal a presentar en Bruselas hace siete años la moción de concertar un amplio acuerdo para regular las relaciones económicas, sin perjuicio de la neutralidad austríaca.

Pero los factores que definen el conjunto de problemas de la integración son de una índole que Austria apenas ejerce alguna influencia sobre ellos. Aparte de esto, dicha constelación no afecta solamente a Austria, sino también

a todos los demás países que se encuentran fuera de la Comunidad y que han puesto de manifiesto su interés al concertar acuerdos.

Objetivamente es preciso afirmar que la tan anhelada ampliación del Mercado Común no parece estar por lo pronto al alcance de nuestras posibilidades. No será posible lograr en un futuro cercano la aceptación de nuevos miembros, ni la ampliación del mercado mediante arreglos especiales con aquellos Estados que no aspiren a la admisión como miembros ordinarios. El motivo de ello bien puede ser el hecho de que la constelación europea aparentemente no ha madurado lo suficiente para facilitar una solución general.

Durante mucho tiempo motivaron la solicitud de admisión de la Gran Bretaña y la negativa de Francia, la confrontación de los dos puntos de vista, que parecía no tener salida alguna. Para vencer la dificultad se han presentado una serie de planes y proposiciones que ha seguido el Gobierno Federal austriaco con la mayor atención. El plan, auspiciado por el ministro de RR. EE. alemán, Brandt, y por el ministro de RR. EE. belga, Harmel, ha sido bautizado con el nombre de «Memorándum de Benelux»; y el del ministro de RR. EE. francés, Debré, con el de «La propuesta de los siete puntos». Ya en febrero de este año explicó Italia, en un «Aide Mémoire», sus ideas para solucionar la crisis. Todas estas proposiciones se basan en la iniciativa de impulsar la cooperación en Europa sin agravar el problema de la ampliación de las comunidades europeas por la admisión de la Gran Bretaña. Según la orientación de los intereses de los Estados a los que incumben estos planes, se ha dado prelación a los progresos obtenidos en la política comercial o en la cooperación política.

Todas aquellas propuestas, cuya finalidad es el sector de la política exterior o de la defensa, lógicamente no vienen a afectar a Austria. Tampoco vale para nosotros la cuestión de la transición automática para la admisión como miembro ordinario, que ha sido tratada dentro del marco de estos planes. Nuestro interés se concentra mucho más en todas las proposiciones de carácter comercial o arancelario, así como en aquéllas que aspiran a una mayor cooperación tecnológica.

En el último Consejo de Ministros de las comunidades europeas, que tuvo lugar el 4 y 5 de noviembre, el ministro de RR. EE., Debré, presentó, como es sabido, las proposiciones francesas sobre el problema de los arreglos comerciales con las naciones que están fuera de la Comunidad. La esencia de ellas está en la reducción de las tarifas arancelarias en un 30

por 100 en cuatro etapas anuales para todos aquellos productos que, ya en la rueda Kennedy, han estado sujetos a una reducción aduanera del 50 por 100. Aparte de ello, se deben hacer arreglos especiales en el sector agrario.

Los delegados permanentes de los seis Estados miembros fueron comisionados a examinar, durante las próximas semanas, estas propuestas, junto con los demás planes susodichos, y a rendir un informe sobre el resultado al Consejo de Ministros.

En vista del más reciente desarrollo, convocamos a fines de la semana pasada a todos los embajadores austriacos, acreditados en las capitales de los países-miembros de la C. E. E., a una conferencia en Viena. En el curso de las deliberaciones han sido analizada minuciosamente la presente situación, habiéndose llegado al mutuo acuerdo de que los arreglos comerciales que ahora son materia de discusión, resultarían adecuados para aliviar la economía austriaca de exportación, en caso de que se los realizara.

Sin embargo es sabido que, tanto dentro como fuera de la C. E. E., existen diferencias de opinión sobre la conveniencia de los arreglos comerciales. Mientras que hay naciones que no pueden aceptar tales arreglos, sino bajo la condición de una asociación completa ulterior, como, por ejemplo, la Gran Bretaña, existen otras, v. gr., los estados neutrales de Europa, que opinan que no debería imponerse semejante condición. Nosotros, en cualquier caso, somos de la opinión de que la cooperación económica en Europa debería impulsarse independientemente de las cuestiones de admisión y de cooperación en los sectores políticos o en los demás. Aunque hoy todavía no es factible juzgar el alcance efectivo que las facilidades resultantes de las recientes propuestas francesas tengan para Austria, no escatimaremos esfuerzos para obtenerlas lo más pronto posible. En este sentido nos parece importante que se creen las respectivas condiciones previas, tanto de la C. E. E. como dentro de la E. F. T. A. Ante la divergencia de opiniones mencionada atrás, seguramente no será fácil llevar a cabo las deliberaciones correspondientes.

Aunque ahora puede vislumbrarse un rayo de esperanza en el horizonte de la integración económica europea, quisiera prevenir contra un optimismo exagerado. A pesar de todo, me parece significativo que en Bruselas se haya puesto nuevamente sobre el tapete la cuestión de los arreglos comerciales, puesto que un aligeramiento en los frentes, hasta ahora tan rígidos, se encuentra, indudablemente, en nuestro interés. En esta conexión aplaudimos el hecho de que la parte francesa haya mencionado expresamente

a Austria y Suiza, durante el último Consejo de Ministros, como países que podrían participar en tales arreglos.

Como ya lo dije en un aparte anterior de mi conferencia, le corresponde al desarrollo tecnológico una creciente importancia. No es, pues, mera coincidencia que los varios planes traten igualmente de intensificar la cooperación tecnológica. Según mi parecer, sería equivocado por parte de Austria el desinterés en esta forma de cooperación. Es siempre un factor que Austria puede cultivar; por tanto, quisiera señalar tan sólo lo acometido por nosotros en el sector siderúrgico. Una cooperación de toda Europa en este campo contribuiría seguramente a facilitar a Austria la adaptación al desdovolvimiento precipitado. Dependerá de los representantes de la economía austríaca, así como de los austríacos que trabajan activamente en la investigación, la medida en que contribuyamos con rebosante entusiasmo en esta cooperación tecnológica europea.

Aunque el 80 por 100 de las exportaciones austríacas se venden en Europa, sería erróneo que Austria concentrara sus intereses y empeños solamente en este continente. Los últimos sucesos nos han demostrado nuevamente la importancia de mantener relaciones económicas con el mayor número posible de países; así podrán contrarrestarse sin mayor dificultad las repercusiones que tengan en determinada parte del mundo. La creciente participación de los grandes países industriales fuera de Europa, en el comercio mundial y, asimismo, la evolución política y económica de los países en desarrollo, confrontan al mundo con nuevas tareas y abren nuevas perspectivas que Austria no debe dejar de aprovechar.

Como he tratado de explicar hasta ahora en mis explicaciones, del dinamismo internacional resultan una serie de conclusiones para la política exterior de Austria. Pero quisiera disertar aún sobre un problema especial que, en efecto, es de enorme significado para Austria, mas no puede ser explicado con los campos de tensión anteriormente mencionados. Existen entre dos naciones que no se han separado por razones principistas, políticas, ni económicas. Por eso, es más lamentable aún, que hasta ahora no haya sido posible llegar a un acuerdo sobre la solución del problema del Tirol del Sur.

Desde hace muchos años estamos buscando una fórmula idónea para la solución de este conflicto. En el año 1960, la Asamblea General de las Naciones Unidas encargó, por unanimidad, a Austria e Italia, reanudar las negociaciones bilaterales para poner término a las desavenencias y confirmó

este encargo en el año 1961. Desde entonces se han hecho varias tentativas para obtener para el grupo étnico de los tirolese del Sur aquella porción de autonomía que les corresponde, al tenor del contenido del espíritu del Acuerdo de París.

La sustancia del problema, es decir, el conjunto de las medidas que deben beneficiar a los tirolese del Sur, pudo aclararse en las negociaciones de los últimos años, hasta tal punto que parece posible llegar a un acuerdo. Lo que queda pendiente son cuestiones de procedimiento, que tienen relación con el llamado «calendario de operaciones». Se trata del suministro de un plan cronológico, que fije el orden consecutivo para las tramitaciones que una u otra parte han de hacer. Este calendario de operaciones se basa en la idea de que cada una de las disposiciones que una parte lleve a cabo ha de producir una acción correspondiente en la otra. Las gestiones que ambas partes han de hacer engranan como piñones; así que la declaración de parte de Austria, mediante la cual se da por terminado el conflicto, no se emitirá hasta que la parte italiana no haya cumplido las promesas acordadas en el «paquete». Este transcurso sincronizado parece también cumplir con las exigencias de una garantía ideada para asegurar la ejecución de «paquete».

Recientemente se han escuchado voces que ponen en duda la viabilidad de este procedimiento. Seguro que no nos hacemos ilusiones de que también en este camino habrá más de una dificultad y más de un impedimento que vencer. Pero soy de la opinión que no basta con querer solucionar este problema con fórmulas generales y muchas veces vagas, sin duda alguna, porque semejante manera de obrar llevaría, al fin, a nuevos roces. Ya en el pasado tuvimos que sufrir a causa de las vaguedades y de las diferentes interpretaciones, de tal suerte que opino que solamente los acuerdos bien precisados nos pueden evitar las mismas complicaciones futuras. El procedimiento escogido por nosotros me parece proporcionar las garantías necesarias. De todas maneras, haremos lo posible por llevar el problema a una genuina solución en un sentido europeo y abrigamos la esperanza de que esta voluntad se haga presente en el lado italiano.

En mis explicaciones he procurado presentar brevemente aquellas fuerzas que afectan considerablemente las relaciones de las naciones entre sí y establecer algunas conclusiones para la política exterior de Austria. He tratado extensamente nuestra neutralidad y las consecuencias que derivan de ella, porque este *status* representa la base para nuestras decisiones en la política exterior. He relatado el más reciente desarrollo en el sector de la

integración económica y, finalmente, he informado acerca del estado actual de nuestras negociaciones en lo referente al Tirol del Sur.

Aunque la regulación de nuestras relaciones con el Mercado Común y el problema del Tirol del Sur son los problemas principales de nuestra política exterior, siempre quiero dejar constancia de que el buen o mal éxito de ella no debe ser apreciado exclusivamente por los progresos en estas cuestiones. Dentro de la política internacional se ha creado Austria un *status*, que cuenta con el reconocimiento general, gracias a su política prudente y consecuente y al alto grado de su estabilidad. La voz de Austria, tras una ausencia de varias décadas, se escucha y atiende de nuevo con gusto en los gremios internacionales.

¡No nos dejemos despistar por conceptos anticuados ya desde hace mucho tiempo, ni por una modestia mal interpretada! Tenemos sobrada razón para estar orgullosos de lo logrado en la II República. Hoy día ocupamos el décimotercero lugar en una estadística de los ingresos *per capita* entre los 125 estados-miembros de las Naciones Unidas. Este fruto no nos ha caído del cielo, sino que es el resultado del tenaz celo de nuestra población que, citando a Anton Wildgans, no es sólo un «pueblo de bailarines y violinistas», sino un pueblo que, por lo trágico de su pasado, ha aprendido a trabajar duramente para triunfar. Si hoy, después de cincuenta años desde que se fundó la República, miramos hacia atrás, podemos afirmar con satisfacción que Austria se ha encontrado a sí misma.

Es la excelente reputación de la que hoy día disfruta nuestro país en el mundo, el factor que ha contribuido al verdadero éxito de la política exterior austriaca durante los últimos años. Y el interés, que no sólo demuestran actualmente las grandes potencias, en que se mantenga una Austria libre, independiente y neutral como elemento estabilizante en nuestro ámbito, es la mejor garantía para nuestra propia seguridad. Después de todas las peripecias de los últimos cincuenta años, marcados por guerras, miseria y pobreza, ha vuelto a creer el mundo en nosotros y en nuestro porvenir. Considero este hecho como el mejor obsequio que nuestra política exterior haya podido hacer a la República de Austria en su cincuentenario.

KURT WALDHEIM.

